

LA MARIPOSA DORADA

por ALMA RUBENS y
HERBERT RAWLINSON



Wray 2-75

BIBLIOTECA TREBOL

N.º 43

Publicación semanal

PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

La Mariposa Dorada

Superproducción FOX

Versión literaria de la película del mismo título,
muy bien interpretada por los célebres artistas
ALMA RUBENS Y HERBERT RAWLINSON

por
H. ONIBLA

Exclusiva
HISPANO FOX FILMS, S. A. E.
Calle Valencia, 280 t Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

La Mariposa Dorada

Segunda edición 1930
Volumen Ilustrado 48 x 32 Bélgica 1000 Gr.
Unas 500 ilustraciones del autor y del autor
ALMA RUBENS Y HERBERT RAWLINSON

1930
H. ONIBLA

EDICIONES
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO 6-104 BARCELONA



TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO 6-104 BARCELONA ::

LA MARIPOSA DORADA

PERSONAJES

| | |
|-----------------------|-------------------|
| Herlinda Avsril | Alma Rubens |
| Manuel Anesty | Bert Lytell |
| Juan Converse | Huntly Gordon |
| Luciano Cortés | Herbert Rawlinson |
| Rodrigo Avesil | Frank Keenan |
| La señora de Ruel .. | Vera Lewis |
| José Lara | Dewitt Jennings |
| Pensamiento | Carolynne Snowden |

LA MARIPOSA DORADA

PERSONAJES

| | |
|----------------------|----------------------|
| Alma Llanca | Alma Llanca |
| Peti Patti | Peti Patti |
| Hermila Gavilanes | Hermila Gavilanes |
| Herlinda Ramírez | Herlinda Ramírez |
| Franke Kromm | Franke Kromm |
| Van Patti | Van Patti |
| La señora de Rinaldo | La señora de Rinaldo |
| Joe Fox | Joe Fox |
| El ensamblador | El ensamblador |

una señora que al parecer es miérta... Y en ese
momento se oyeron golpes tumultuosos... Y el
mismo abuelo se apresuró a correr a la puerta
y al instante se oyeron gritos, cuando Horlinda se
sorprendió por los pasos de señora desenfrenada
que no daba tregua, que de repente se oyeron
cuchillazos, pero los pasos de la señora se oyeron
desistir y al instante no se oyeron más ruidos.

LA MARIPOSA DORADA

—A la que tiene la mejor intuición o

I

—En una gran metrópoli, y en un lujoso
hotelito situado en una de las más hermosas
avenidas.

—Llenando completamente la calle y entre
los aplausos y vítores de miles de almas, des-
fila con toda la brillantez de una gran parada
un glorioso ejército.

—Cómodamente instalado en un sillón, el an-
ciano aristócrata Rodrigo Avesil, para el que
la vida es sólo apariencia, lujo y boato, dijo
a su única hija Herlinda, víctima de las ideas
paternas, basadas en el despilfarro y la des-
preocupación.

—Las gentes se entusiasman con los es-
pectáculos marciales, con el redoble del tam-
bor, el despliegue de banderas... Esta es la
vida, hija mía: una gran parada... Pero es
preciso ir siempre en primera fila... Si te
quedas atrás, estás perdida...

—Y tras breve pausa, añadió:

—Nosotros hemos ido siempre delante,

muy cerca de la banda de música... Y en ese puesto de honor debemos permanecer... y el mundo debe sostenernos.

Hablando así estaba, cuando Herlinda se fijó en una carta que el anciano procuraba ocultar bajo los papeles que había en una mesita, y le interrogó con la mirada :

— Puedes leerla, siquieres — dijo Rodrigo Avesil. — No tiene la menor importancia, o al menos yo no se la concedo.

Y Herlinda leyó :

« Estimado primo Rodrigo : Accedí a que tú y tu hija Herlinda ocupaseis mi hotel, a condición de que te abstuvieras de contraer nuevas deudas, pero las cuentas que han llegado últimamente son mucho más elevadas que las anteriores, por lo que he dado orden de que no se te conceda ningún crédito en lo sucesivo.

Regresaré la semana entrante. Ten la bondad de dejar la casa inmediatamente, pues no quiero ni verte, ni prestarte más dinero. — Tu prima, SOFÍA ».

Una sombra de tristeza nubló el semblante de la joven, y sin decir palabra entregó la carta a su padre. Este, conocedor del corazón humano, aparentó la más absoluta indiferencia. ¿No hacía años que vivían así, aparentando fantásticas riquezas sin tener, en realidad, un céntimo? Rodrigo dejó pasar el momento de la mala impresión, y luego, seguro de sí mismo, y de su elocuencia tranquili-

zadora, se atrevió a mostrar a su hija todas las facturas a que aludía la carta y que adjuntas a ella le había devuelto, sin saldar, su prima Sofía.

— No merece la pena que te preocupes por estas bagatelas — dijo sonriente. — Al fin y al cabo no son más que facturas... cuentas... Y yo me encargo de ellas... *como siempre*. El caso es que tu novio... que Luciano... no sepa, por ahora, que somos más pobres que las ratas y que estamos con el agua al cuello.

— Pero, comprende, papá — replicó al fin Herlinda, — que no está bien que Luciano ignore...

Rodrigo la interrumpió vivamente.

— No hablemos más del asunto... Mejor es que se lo digas después de que se haya casado contigo... cuando ya la cosa no tenga remedio.

Un beso, mimos, halagos... y el anciano lograba al fin y también *como siempre*, vencer los escrúpulos de su hija.

— Esto acaban de traer para usted, señorita.

Pensamiento, camarera de raza negra, que estaba ligada a los Avesil por el afecto y por el sueldo atrasado, penetró en la habitación llevando en la mano un hermoso ramo de flores.

Herlinda lo tomó, gozosa, y sacando de él la tarjeta de visita de Luciano Cortés leyó en el reverso :

«Este ramo de flores es para recordarte que el primer fox-trot será para mí en el baile que das esta noche».

Y corrió a mostrárselo a su padre, quien lo elogió cumplidamente.

Admirando las flores estaban ambos cuando volvió a entrar Pensamiento, y dijo :

— Traen varios vestidos para la señorita.

Herlinda, sorprendida, creyó no haber entendido bien e hizo que Pensamiento repitiera la frase. Pero su padre intervino :

— No te alarmes ni te preocupes. Los he pedido a Madame Dufrene... Déjalo todo de mi cuenta.



Si te quedas atrás estás perdida

Y con gallarda apostura salió a recibir al botones portador de las cajas y le hizo pasar a sus habitaciones.

Una vez solos comenzó a mirar y a remirar las lujosas toaletas que valían una fortuna.

Hizo ademán de separar variés, y el botones le dijo :

Le advierto, caballero, que tengo orden de no dejar el género si no cobro la factura.

Entonces Rodrigo Avesil siguió examinando las ropas como experto conocedor de las galas femeninas, y cuando *in mente* hizo el anciano su elección ordenó con gran seriedad al muchacho :

— Diga a mi hija que le dé mi talonario de cheques.

El botones salió; mas apenas había franqueado el umbral de la puerta, el viejo hizo el *cambazo*; ocultó rápidamente debajo de un mueble el hermoso vestido de recepción que codiciaba para su hija y colocó en la caja un vestido viejo. Luego, cuando volvió el botones exclamó malhumorado, tomando el talonario de cheques :

— He cambiado de idea... No me gustan... Puede decir a Madame Dufrene que opto por no quedarme con ninguno.

Mientras tanto Pensamiento había dicho a Herlinda :

— Me parece que podrá usted lucir un vestido nuevo en el baile de esta noche, señorita.

Y entró Herlinda en la habitación de su padre, y éste, con gran alegría, le mostró el traje de recepción que franqueando la barrera del delito había conseguido...

Deslumbrada por la riqueza del traje, Herlinda se atrevió a decir :

— Pero, papá, ¡esto debe costar un dineral!

— No te preocupes por cuestión de factura más o menos — respondió muy grave el interpelado. — Ya sabes *de siempre* que eso es cosa mía.



III

Con tal de ver casada a Herlinda, Rodrigo Avesil se había jugado el todo por el todo. Pero si bien había aparentado no dar importancia a la carta de su prima Sofía, la verdad era que le preocupaba profundamente.

Una vez solo en su habitación volvió a leerla, y el párrafo :

« Ten la bondad de dejar la casa inmediatamente... » le angustiaba el corazón.

Sin embargo, no era hombre que cediese fácilmente a abandonar sus propósitos. Habíase propuesto dar un gran baile aquella noche en el hotel, para deslumbrar a Luciano, y contra viento y marea debía de celebrarse. No tenía, en verdad, muchos amigos, pero los buscaría... buscaría gente de etiqueta que hiciese bulto en los salones. Tampoco tenía criados y esto era lo más grave.

Tras mucho cavilar pensó :

¿Por qué no echar mano de las amistades de Pensamiento y del chófer Samuel, su novio?

En el acto llamó a Herlinda, y por su con-

ducto transmitió la idea a la doncella negra, y ésta avisó en seguida a Samuel y le dijo :

— Samuel, es preciso que busques varios amigos que vengan a servir en la fiesta de esta noche... De lo contrario vamos a hacer el ridículo más espantoso.

Samuel lo prometió firmemente, y dió toda clase de seguridades de que habría criados.

Resuelto este extremo, Rodrigo Avesil lanzó tarjetas de invitación a los cuatro vientos, y respiró satisfecho.

« El baile — pensó — será un éxito. Ahora sólo falta que Sofía no nos amargue la fiesta. »

Al poco rato Pensamiento anunció la visita de Juan Converse, un antiguo amigo de Rodrigo Avesil, al cual, éste, tan pronto como recibiera la carta de su prima, había pedido ayuda económica para saldar las facturas.

Avesil le recibió con gran afecto, y ambos hombres se sentaron frente a frente.

El dueño de la casa tomó la palabra:

— Te he llamado, querido Juan, porque no sé cómo salir del atolladero. Lee y te convencerás.

Y le tendió la carta de la prima Sofía.

Juan Converse, hombre de edad madura, riñísimo, bien conservado y muy elegante, leyó con calma la misiva. Después, devolviéndosela a Rodrigo insinuó :

— A tu prima le sobra razón... Ya no te



May 2-19
Y entró Herlinda en la habitación de su padre

queda un solo parente a quien no hayas explotado. Yo mismo, a pesar de nuestra antigua amistad y de que te quiero muy de veras, también estoy harto de ti.

Entonces Rodrigo cambió de táctica, y como si nada hubiera oido le dijo :

— Juan, mi hija ha terminado ya sus estudios y vive conmigo... Deseo asegurar su porvenir y, al efecto, recuerdo que te di para que las administraras varias acciones de minas de cobre.

Su interlocutor se levantó casi enojado y objetó :

— ¡Pero, hombre, Rodrigo! ¿Es posible que salgas ahora con eso? ¡Estás harto de saber que esas acciones no tienen ningún valor en el mercado!

A tal tiempo y para que su padre la viera puesto el nuevo vestido entró Herlinda en el despacho, ignorante de que se encontraba allí una visita.

Rodrigo Avesil aprovechó la ocasión que la casualidad le deparaba.

— A propósito — exclamó jubiloso. — Aquí tienes a mi hija.

Y dirigiéndose a Herlinda, recalcó :

— El señor Converse, gran amigo mío... que te conoció cuando eras una niña.

Hechas las presentaciones la conversación se hizo general. Y del efecto que causó Herlinda en Juan Converse puede juzgarse por lo que dijo a Rodrigo al despedirse :

— No te preocupes por las acciones de cobre, Rodrigo... Estoy seguro de que podré vendértelas a muy buen precio en la Bolsa de Valores.

Y al besar la mano de Herlinda añadió, mirando fijamente a Rodrigo :

— No permita usted que su papá se preocupe por cuestiones de dinero... Estoy a la disposición de usted para cuanto se ofrezca en ese sentido.

Y salió.

Herlinda se quedó maravillada.

— ¿Qué acciones de cobre son esas? — preguntó a su padre. — ¿De qué hablaba el señor Converse? ¿Qué quiere decir todo esto?

Por todo comentario Avesil replicó :

— Todo esto quiere decir, hija mía, que la belleza femenina continúa siendo el arma más poderosa del mundo.

IV

Con ayuda de los amigos de Samuel, la fiesta ya a celebrarse.

Atraídos por los succulentos manjares del bufet — pues los bailes de Rodrigo Avesil tienen fama de ricos y suntuosos — constantemente afluyen los invitados, provistos de las correspondientes invitaciones.

El hotel entero brilla como ascuá de oro.
Antes de que Herlinda se presente en el
salón, su padre la coloca en el cuello un collar,
que en sus tiempos fué legítimo.

— Son las perlas de tu madre — dice para tranquilizarla. — Lo único que en su día podré legarte... y te sientan muy bien.

Aunque algo retrasado llegó Luciano, e inmediatamente se reunió con padre e hija.

Avesil dijo:

— ¿Le gustan estas perlas? Forman parte de un aderezo completo que perteneció a la madre de Herlinda.

Luciano se deshizo en elogios:



Te adoro, Herlinda

— Son bellísimas — exclamó, — y sobre el cuello de nácar de Herlinda adquieren un brillo encantador.

Rodrigo Avesil les dejó solos con pretexto de atender a sus invitados, y los jóvenes pasaron al jardín sentándose en un banco.

— Te adoro, Herlinda... — dijo Luciano, poniendo gran fuego en sus palabras.

Herlinda, pensando en su padre y en su angustiosa situación económica, le preguntó:

— Supongamos que no poseo nada en el mundo. ¿influiría eso en tu cariño, Luciano?

— Ya te he dicho que te adoro — replicó

él, apasionado.

Y ya estaba a punto de confesarle Herlinda toda la verdad cuando apareció su padre, y cogiéndole del brazo exclamó :

— Venid... Voy a anunciar vuestros esponsales ahora mismo.

Lentamente penetraron en el salón. Al verles llegar cesaron todas las conversaciones como por encanto.

Avesil se adelantó solemne, y cuando estuvo en medio del salón, blanco de todas las miradas, dijo :

— Amigos míos, con gran emoción tengo la...

No pudo terminar. La frase se le quedó en la garganta.

Como una tromba acababa de entrar su prima Sofía seguida de su marido y de sus hijos, todos aún con los guardapolvos de viaje, pues llegaban en su auto dispuestos a tomar posesión de su hotel.

Enojadísima la prima Sofía le increpó, acogiéndole con furia :

— ¡Dando un baile a costa mía! ¡Es el colmo del descaro!... Ya me lo figuraba, y precisamente por eso he venido esta noche... ¿Así es como me pagas el favor de dejarte vivir aquí de balde?

Renunciamos a describir, por fácilmente comprensible, la emoción de todos los circunstantes. Que la tierra se hubiera abierto bajo sus pies tal vez no les habría causado tanta impresión.

Pero la cosa no paró aquí. Aún reservaba el destino a Rodrigo Avesil algo peor : la llegada imprevista de Madame Dufrene, que abalanzándose sobre Herlinda, decidida a arrancarle el vestido, exclamaba a gritos :

— Soy pobre y vivo de mi trabajo... ¡y este vestido es mío! ¡Ella me lo robó!

El desfile que comenzó a iniciarse con la llegada de la prima Sofía, se acentuó con la aparición de Madame Dufrene, y en pocos minutos no quedó nadie en el salón.

Rodrigo Avesil no pudo soportar tan rudos golpes y murió, no sin antes decir a su hija, que, bañada en lágrimas, asistió a su lenta agonía :

— Es el final de la gran parada, Herlinda... Vé siempre por delante... Recuerda que a nadie le importa lo que eres, sino lo que pareces...



Algún tiempo después de los funerales de su padre visitan a Herlinda sus tíos, los cuales, por pura fórmula, hacen como que se preocupan de su porvenir.

Herlinda ocupa ahora varias habitaciones de un lujoso hotel, pues está creída que su padre ha dejado bienes suficientes para que ella pueda vivir con lujo, y así se lo dice a su tía Sofía:

— Mi padre me dejó lo suficiente para vivir y pagar nuestras deudas. Además, estas perlas que eran de mi madre...

— Son falsas, hija mía — la desengaño su
tía. — Hace mucho tiempo que tu padre ven-
dió las verdaderas...

Por la tarde de aquel mismo día recibió Herlinda la visita de Luciano, y la joven no quiso tenerle engañado más tiempo:

— Es preciso — le confesó — que te ponga al corriente de mi verdadera situación... No poseo nada y quiero que lo sepas antes de casarnos.

Tengo orden de prisión contra usted

— En ese caso — replicó él — nuestra boda es imposible, porque yo no tengo fortuna para sostenerte.

— ¿Qué importa? — insistió ella. — La pobreza no podrá parecernos dura amándonos como nos amamos.

Luciano se quedó un momento pensativo. Luego, como haciendo un gran esfuerzo, como violentándose objetó:

— Todo el mundo aparenta, Herlinda... Es la única manera de abrirse paso en la vida.

Luciano salió del hotel, y al poco rato llegó Juan Converse, el cual dijo a la joven :

— Sólo quería advertirle que no se preocu-

para... y que cuente conmigo. Yo le daré cuanto necesite..

Y con una inclinación de cabeza añadió :

— ... a cuenta de las acciones de cobre.

Replicó Herlinda :

— ... Yo creía que esas acciones no tenían ningún valor.



¡Son falsas, hija mía!

VI

Así fué como Herlinda formó parte de la « gran parada » y visitó Londres, París, Niza, Roma, Montecarlo... girando contra las acciones de cobre de Converse y sin pensar en el ajuste de cuentas que tendría que llegar un día u otro.

Por fin en Montecarlo recibió una carta de Converse, concebida en los siguientes términos:

« Escribí a usted la semana pasada, para decirle que ya no podrá obtener más dinero sobre las acciones de cobre. Estaré en Lucerna

tres días más y la aconsejo que venga a verme. No volveré a escribirla.

JUAN CONVERSE »

Después de haber recibido esta carta poco tranquilizadora, Herlinda dijo a su doncella negra, Pensamiento :

— Voy a jugar al Casino. Quizá la suerte me favorezca esta noche.

Pero no fué así. Herlinda perdió cuanto tenía, y hela aquí dispuesta a emprender el viaje a Lucerna rebuscando en sus bolsillos y equipaje los pocos francos que la quedaban.

Ahora bien : un accidente ferroviario, del que sale Herlinda, por milagro, la detiene en el camino de Lucerna, y con este motivo conoce a Manuel Anesty, un diplomático que viajaba en el mismo tren, el cual abona de su bolsillo la estancia de ella en un pequeño hotel que está a corta distancia del tren siniestrado, y lo que dió lugar a que se hicieran amigos.

Hablando con Anesty supo Herlinda que el joven tenía que hablar de precisión con un caballero que le protegía y que estaba en Lucerna.

Ella le confesó que también era motivo de su viaje el hablar con una persona que la esperaba en la misma ciudad, y después le preguntó :

— Los cargos diplomáticos no están muy bien retribuidos, ¿verdad?

Contestó Anesty :



Pero esta nueva se empaña con la desagradable sorpresa de una persecución inesperada

— No, pero dan brillo y prestigio al que los ostenta.

Y tras larga pausa preguntó de nuevo el joven :

— ¿Volverá usted pronto a los Estados Unidos?

— Y ella replicó :

— Mi casa está en Washington, precisamente... pero quizás no volvamos a vernos más. No pienso volver.

Entonces dijo él :

— ¿Este es el último adiós?

Ella movió afirmativamente la cabeza y penetró en sus habitaciones del hotel.

Al día siguiente venimos a Herlinda en la habitación del hotel que ocupa Converse en Lucerna y al aristocrático hombre de negocios extender un cheque en favor de la joven, por la suma de 5,000 dólares.

Al recibir el cheque de manos de Converse, dijo Herlinda :

— Espero que cargue usted esto a la cuenta de las próximas acciones de cobre que venda.

Y Juan Converse, echándose hacia atrás en el sillón, respondió :

— Lo dice usted con una cara tan inocente... que me da pena venir al terreno de las verdades.

— ¿Qué quiere usted decir? — objetó ella.

— Sencillamente — concluyó el negociante — que esas acciones no tienen existencia real alguna.

Una tristeza infinita invadió el alma de Herlinda, se le hizo un nudo en la garganta y sólo pudo balbucear :

— ¿Y le parece a usted bien el hacerme creer que yo poseía una fortuna propia?

— Usted nunca creyó semejante cosa... hizo como que creía.

Y Juan Converse miró fijamente a Herlinda, que estaba como anonadada y hecha un ovillo en su sillón.

Converse reanudó el diálogo :

— Bueno, mejor es no discutir... Aquí está usted, y para mí es lo esencial.



Y la Compañía hace todo lo que quiere para recuperar el dinero de la póliza

Dios sabe cómo hubiera terminado aquella conversación de no haber sido anunciada en tal momento la visita del capitán Anesty, el cual iba a saludar a Converse, pues éste y no otro era el protector de que había hablado a Herlinda.

Pero la vida tiene extrañas coincidencias, y al mismo tiempo que Converse decía al joven recién llegado que sentía mucho no poder invitarle a pasar, porque tenía una visita, éste vió a Herlinda por la abertura de la entornada puerta y Herlinda vió también a él, saliendo a saludarle diciendo :

— Conocí al capitán Anesty en el tren si-
niestrado y tuvo la bondad de prestarme di-
nero para pagar el hotel.

Entonces la siefpe de la sospecha se enroscó
en el corazón del joven capitán, y trastorna-
das sus ideas exclamó, sin venir a cuento, di-
rigiéndose a Juan Converse.

— Me voy. En realidad el asunto que me
trajo aquí no tiene importancia.

Y rápido descendió las escaleras.

Herlinda le siguió y reteniéndole le dijo :

— No puedo permitir que se marche usted
creyendo lo que cree... Desde que murió mi
padre, el señor Converse administra mis bienes:

A esto replicó Anesty con rostro grave y
ceñudo :

— Hay algo que... desgraciadamente... u-
sted ignora : la sinceridad... el amor verdadero...

— Nunca conocí a nadie — replicó emo-
cionada Herlinda — a quien interesaran estas
cosas.

Anesty replicó :

— ¿No comprende qué *es preciso* que crea
usted en mí esta noche?

Hubo un silencio. Herlinda parecía preocu-
pada. Al fin contestó :

— ¿Y si le digo qué creo?

— Entonces — dijo él con viveza — volveré
a Washington inmediatamente.



Ha pasado algún tiempo. Herlinda Avesil
vive manteniendo a toda costa las apariencias,
dispuesta a seguir en la « gran parada » hasta
el fin.

A la sazón los detectives que a sueldo de
Juan Converse están encargados de vigilarla,
informan a dicho hombre de negocios de que
la señorita Avesil ha empeñado ya todas sus
joyas.

Y pocos días después Herlinda recibe una
comunicación del administrador donde reside,
en la que se la dice que de no pagar su cuenta,
la cual asciende a más de 4,500 francos suizos,
se verá en la penosa necesidad de suplicarle
que se marche del hotel. La carta terminaba
así : « Le advertimos que retendremos sus
efectos personales ».

Entre la espada y la pared, Herlinda, antes
de confesar al capitán Anesty la verdad de
su situación, idea un subterfugio para salir
del paso.

Con el pretexto de que la compré unas cá-
sulas para el insomnio, aleja a Pensamiento
de sus habitaciones y aprovecha su ausencia
para amontonar todos sus vestidos en el la-
vabo y prenderles fuego.

La habitación no ha sufrido ningún desper-

fecto, pero las ropas han quedado completamente destruidas.

La alarma cunde en el hotel ; pero, en definitiva, no pasa nada. Lo único que en realidad ocurre es el triunfo de su proyecto, puesto que a los pocos días cobra una fuerte indemnización por la pérdida de sus ropas, de la Compañía del seguro.

Poco tiempo después Herlinda recibe la visita del capitán Anesty, el cual está muy contento porque su ascenso es casi seguro como agregado a una Embajada en Oriente ; pero esta buena nueva se empaña con la desagradable sorpresa de una persecución desesperada.

Al fin, la Compañía de seguros sospecha de que el fuego fué intencionado y hace todo lo posible por recuperar el dinero de la póliza.

Los sabuesos de la Compañía visitan a Juan Converse y le ponen al corriente del asunto, y éste envía un billete perentorio a Herlinda :

« Ha llegado usted al límite. Venga usted a verme inmediatamente.

JUAN CONVERSE».

Mientras tanto Anesty ha seguido visitando a la joven, y entre ellos reina la más íntima amistad. Y el mismo día en que Herlinda acude al llamamiento de Juan Converse y procura entrevistarse con Anesty en el hotel que ambos residen, un detective se acerca a ella y le dice sigilosamente :

— Tengo orden de prisión contra usted.

Herlinda, toda sofocada, sólo sabe decir al que la interpela :

— Aquel caballero (aludía a Anesty, al cual acababa de ver en el jardín) me está esperando. Le suplico, por favor, que sólo me conceda cinco minutos para despedirme de él.

El detective accedió. Herlinda se reunió con Anesty y le dijo :

— Sé por el señor Converse que ha obtenido usted su nombramiento y me alegro infinito.

— Pues no puedes figurarte la alegría que yo tengo. Mañana partiremos para Oriente, pues ya tengo la licencia de matrimonio.

Entonces un cambio brusco se operó en Herlinda. Y sin pronunciar palabra se alejó de Anesty para reunirse con el detective.

Anesty al quedarse solo no acertaba a explicarse la actitud incomprensible de Herlinda, y se dirigió a las habitaciones que ocupaba Converse para salir de dudas.

Pero dejemos ambos hombres frente a frente y sigamos la odisea de aquella joven que siempre había vivido de apariencias.

El detective la hizo subir a un poderoso automóvil, con intención de encerrarla en la prisión de la jefatura de policía ; mas, en el camino, un violento choque con otro auto celular lleno de otras maliciosas doadoras, destroza el vehículo en que iban Herlinda y su

guardián, el detective Lara, resultando éste mortalmente herido.

Muchos policías acudieron al lugar de la catástrofe, y en la agonía, Lara, por amistad con Converse, salvó a la detenida, pues cuando le preguntaron quién era la persona que custodiaba, señaló a la más próxima de las mariposas del coche celular que había resultado herida en el choque y se hallaba junto a él.

Así fué como se salvó de la vergüenza y del deshonor Herlinda Avesil.

La joven, llena de pánico y temor y casi sin recursos fué a alojarse al mísero hotel Diary, de la Avenida de Pensylvania, desde donde telefoneó a Converse.

Y el hombre de negocios, convencido de que entre Herlinda y Anesty existía el más puro de los amores, avisó inmediatamente a Anesty y éste voló en busca de su amada, y un fuerte abrazo unió sus vidas para siempre.

— Nos casaremos — dijo todo emocionado Anesty — y partiremos juntos a Oriente, como habíamos convenido.

Y así fué.

Herlinda Avesil recobró su estado civil merced a las declaraciones de Juan Converse, y ya esposa del capitán Anesty, nunca la más ligera nube turbó su paz y su dicha.

FIN

Biblioteca Ilusión

Publicación semanal

La colección cinematográfica más barata y bien presentada

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

- 1 GARRAS FEROCES, por Alma Rubens y Jack Mulhall.
- 2 YO NO TENGO CELOS, por Shirley Mason.
- 3 EL TRONO DE LA CODICIA, por Seena Owen.
- 4 EL ORGULLO DEL BARRIO, por Reed Howes.
- 5 EL LOCO FURIOSO, por Reed Howes.
- 6 MONEDA CORRIENTE, por John Gilbert.
- 7 PRÉSTEME SU MARIDO, por D. Kenyon y D. Powell.
- 8 CERCADOS POR LAS LLAMAS, por William Haines.
- 9 LA SENDA DE LAS ESTRELLAS, por S. Mason.
- 10 LA AMENAZA ROJA, por Jack Hoxie.
- 11 AMAPOLA, por Maria Nerina y «Pitusin».
- 12 EL TRIUNFO DE LA VERDAD, por Jack Hoxie.
- 13 A TODA VELOCIDAD, por Reed Howes.
- 14 RICARDITO, NIÑO BIEN, por Ricardo Talmadge.
- 15 EL PUENTE DE LOS SUSPIROS, por D. Mac Kaill.
- 16 POR AQUÍ NO SE PASA, por Charles Jones.
- 17 LA DESCONOCIDA, por Shirley Mason.
- 18 LA PUNTUALIDAD DE RICARDO, por R. Talmadge.
- 19 ESPUELAS Y CORAZÓN, por Charles Jones.
- 20 LINAJE DE LUCHADOR, por Tom Mix.
- 21 ¿CASADOS? por Owen Moore.
- 22 PALOMITA MENSAJERA, por Fred Thompson.
- 23 LA HACIENDA DE LOS DUENDES, por Hoot Gibson.
- 24 EL ETERNO MURMULLO, por Tom Mix.
- 25 UN SECUESTRO EN ALTA MAR, por House Peters.
- 26 EL TERROR DEL MALPAÍS, por Charles Jones.
- 27 AL ABRIRSE LA PUERTA, por Jacqueline Logan.

Precio : 25 céntimos